

hizo mucho daño la tropa castellana en todo el país. Viendo la gente de *Mayobanéx* el estrago que se le hacía, y que no podía subsistir mucho contra el Adelantado, le suplicaban que para escusar la guerra estragase á *Guarionéx*; pero no habia forma porque les aseguró de nuevo, que por ningun riesgo que le viniese, le habia de desamparar: mandó llamar al instante á aquel príncipe y le manifestó su generosa resolucion, que enterneció á *Guarionéx*: (71) se abrazaron mutuamente y lloraron entrambos caciques, ofreciéndole de nuevo que le habia de defender aunque perdiese su reino; mandó ocupar con sus indios todos los desfiladeros de los montes, y que matasen á cuantos españoles encontrasen en todos los ataques que se hiciesen contra ellos con ventaja. Conociendo el Almirante que en la situacion presente en que se hallaba, mas cuenta le tenia ganar la voluntad de los indios que subyugarlos por fuerza, hizo otra tentativa para empeñar al cacique *Mayobanéx* á admitir proposiciones de paz, enviándole dos cautivos que habia tomado en la guerra, y fué tras de ellos con diez hombres de á pie y cuatro caballos, y halló muertos á sus mensajeros de orden del cacique, quien por toda respuesta los habia mandado matar, y se preparaba para la guerra, que consideraba inevitable. Entonces determinó el Adelantado juntar sus gentes y presentarse á la batalla delante del ejército enemigo, que era bastante numeroso; pero él, apenas vió la buena ordenanza de las tropas castellanas, cuando espantado se desbandó, huyendo los indios á los montes y dejando los dos caciques solos á la merced de nuestras tropas victoriosas, que acordaron refugiarse tambien en lo mas espeso de los bosques, donde el Adelantado con treinta soldados escogidos despues de haber dado licencia á lo restante de su gente para retirarse, los fué buscando de monte en monte. Supo despues por dos ciguayos que se encontraron acaso á donde se habia ocultado su cacique, y doce castellanos que hizo disfrazar en el traje de indios ofreciéronsele á ejecutar este ardid desnudos y untados de una cierta tinta negra y colorada, á la manera de aquellos bárbaros cuando van á la guerra, con dos ciguayos por guías, y sin otras armas que sus espadas envueltas en unas ojas de palmas que llamaban *yaguas*. Llegaron en este disfráz á donde estaba *Mayobanéx* con su muger, hijos y parientes, y sin resistencia alguna los aseguraron, y presos los llevaron á su general, quien con ellos se fué á la Concepcion.

Habia entre los presos que se habian cogido una prima de *Mayobanéx* muy hermosa y prendada, y por lo mismo muy querida de los ciguayos, y casada con uno de los principales señores

[71] ¡Qué escena tan interesante á toda la historia! ¿Qué mas hubieran hecho los Pyládes, Oréstes en Grecia? ¿Y éstos son los indios bárbaros???... ¡Ah! Cuando la naturaleza desarrolla sus nobles sentimientos, todos los hombres obran como los héroes.

de aquella tierra. Su marido que andaba fugitivo por los montes, luego que supo su cautiverio congregó sus vasallos, y fué con ellos por el camino de la Concepcion, y anduvo con tanta violencia que en pocos dias alcanzó al Adelantado, y postrándose á sus pies con muchas lágrimas le suplicó le devolviese á su muger, y el Adelantado con mucha generosidad se la mandó entregar, acariciándole porque vió en él buenos modos y no quiso exigir rescate alguno; pero bien presto recibió el fruto de su libertad, porque habiendo quedado este señor tan obligado hizo mas de aquello á que lo hubieran podido obligar. Dejose ver de allí á poco tiempo con cuatro ó cinco mil hombres con coás que son palos tostados, que usaban esos pueblos en lugar de azadones; pidió que se le señalase terreno para cultivarlo y sembrarlo de trigo: se aceptó su oferta y lo verificaron tan bien y breve, que valdria entonces treinta mil ducados. (\*) Se lisongearon los ciguayos vasallos de *Mayobanéx* que pues el Adelantado habia usado de tanta generosidad con la prima de su soberano, que tambien alcanzaría para él mismo su libertad. No ahorraron para conseguirla, ni lágrimas ni ruegos ni presentes, todo fué inútil, queriendo D. Bartolomé hacer un ejemplar que contuviese á aquellos reyezuelos en sujecion. Entregó librés á los ciguayos toda la familia del cacique; pero en cuanto á libertad de éste Rey fué inexorable. Consternados los ciguayos, descargaron su enojo y dolor sobre el desgraciado *Guarionéx*, y le entregaron á los castellanos; pero no por eso logró su libertad *Mayobanéx* que fué llevado á la Concepcion donde se le formó su proceso, y convenciendo del delito de rebelion fué mandado ahorcar.

## CAPITULO 12.

*Tercer viage del Adelantado Colón. Descubre la isla de la Trinidad y la tierra firme. Halla el golfo de las perlas y la isla de la Margarita, y se vuelve á la Española. Año de 1498.*

Estaban las cosas en estos términos cuando entró el Almirante por la primera vez en el puerto de Santo Domingo; pero volvamos á la relacion de lo que pasó en la córte de los Reyes católicos ántes de conseguir sus despachos para el tercer viage que hizo en el nuevo mundo. Hémos referido como bien de espacio se trataba de su armamento oponiéndole todos los dias nuevos obstáculos, y parecia que toda la mira de los ministros reales era cansarlo y enfadarlo, y así anduvo mucho tiempo haciendo las mas vivas diligencias para conseguir el buen éxito de sus pretensiones, gastando en ellas todo el año de mil cuatrocientos noventa y seis. Todas estas dilaciones no provenian de la córte, porque el Rey

[\*] Herrera.

y la Reina se inclinaban à favorecerle, y parecian estar ocupados únicamente en colmarle de honras y riquezas: no contentos con confirmarle las mercedes que le habian hecho, le concedieron de nuevo cincuenta leguas de tierra en la Española, sobre veinte y cinco de ancho con el título de Duque, (\*) ó de marqués. Suplicó entonces el Almirante á los Reyes no le mandasen aceptar la merced de las cincuenta leguas por evitar discusiones con los oficiales reales, quienes no dejarian de levantarle que escogia el mejor terreno, y lo poblaba mejor que la tierra de sus Altezas. Despues en atencion à los trabajos que habia padecido en los descubrimientos de Cuba y Jamaica, de que no habia sacado provecho alguno, se le descargó de la octava parte de los gastos que habian hecho los Reyes y debia contribuir, y se concedió el goze de la octava parte de los provechos de los navios que iban à las Indias; y por queja del Almirante de Castilla, que reclamó sobre la licencia general que se le habia dado para descubrir en las Indias, la revocaron en cuanto le fué perjudicial. Purgado el Almirante Colón de todos los capítulos que le imputaban y lleno de mercedes, bien que advertido de los Reyes, que mientras la blandura no perjudicase á su reputacion ni à la justicia, procuràse tenerla, pues así se aumentaria el amor de los súbditos, como se conservan los grandes imperios y se adquieren otros nuevos (reconvencion en que se le dió à entender que se habia hecho algun aprecio de las delaciones del comisario Aguado y de sus amigos) se dispuso dar la vela, y hacer su tercero viage.

Pero otros insidentes lo retardaron mucho porque llegaron de la Española à Cádiz el dia veinte de octubre tres navios cargados de indios esclavos, que serian trescientos, enviados por su hermano el Adelantado: mostraron los Reyes católicos no aprobar esta conducta diciendo que si aquellos isleños habian hecho guerra à los españoles, seria sin duda à no poder mas, vejados por los malos tratamientos de estos: tomaban ocasion de este disgusto de los Reyes, sus aúlicos entre los que habia muchos enemigos de Colón, y de las cosas de las islas para desaprobair altamente el proceder del Adelantado. Ni tampoco le pareció bien al Almirante, y no tuvo otro partido que tomar, sino echar la culpa á su hermano, y solicitar con otro trabajo el despacho de los dos navios que llevó el capitán Pedro Fernandez Coronel. Algun tiempo despues fué promovido al obispado de Badajóz el dean de Sevilla *Juan Rodriguez de Fonseca*, y el cargo de proponer las cosas de Indias, fué dado à *Antonio de Torres*, que habia acompañado à Colón en su segundo viage y estaba de vuelta en España con su flota. Esta mudanza avivó el armamento del Almirante, y cuando se iba à concluir sucedió la muerte del príncipe *D. Juan* heredero de la corona de España; y como la Reina tenia mucha confianza y afición al obispo de Badajóz, lo llamó para tenerlo cer-

[\*] Entiendo que es el título de Duque de Veraguas.

ca de su real persona, desde luego para que la consolara en su afliccion, y le confirió de nuevo el despacho de los negocios de Indias. Este fué un contratiempo para el Almirante que impidió mucho su despacho; pero al fin no sufriendo mas dilacion las órdenes de la córte y estando todo aparejado para la salida del armamento, se acabaron las pesadumbres del Almirante en sus despachos, y salió de la barra de San Lucar de Barrameda à treinta de mayo de mil cuatrocientos noventa y ocho, con seis navios, y como obligado à buscar nuevos descubrimientos y conquistas, dirigió su rumbo para Canarias. Llegó à la isla de la Gomera el dia diez y nueve de junio, y el veinte y uno del propio mes dió la vuelta de la isla de Hierro; desde allí determinó enviar tres navios de los seis de la armada para la Española, considerando las necesidades que se padecian en aquella isla, é ir con los otros tres para las islas de Cabo Verde, à fin de tomar su viage en derechura de la tierra firme que esperaba descubrir. Con esta determinacion hizo capitanes de cada uno de estos navios à *Alonso Sanchez de Carbajal*, oficial de mérito que habia acompañado al Almirante en su segundo viage, y habia vivido en la Isabela algun tiempo: à *Pedro de Arana* pariente del antiguo gobernador de la fortaleza de la Navidad en los estados de Guacanagari que murió en la Española, y à *Juan Antonio Colón* deudo suyo. Dióles peculiar comision de lo que habian de hacer, mandando que tuviesen por semanas el gobierno general dirigiéndose al Este cuarta del Sudeste ochocientas cincuenta leguas, y despues fuesen al Oeste Nordoueste para reconocer la isla de Puerto Rico, de donde les era fácil ir camino derecho para Santo Domingo. Aparejaron à un tiempo los seis navios, tomando los tres, al rumbo que se habia prescrito para la Española, y el Almirante con los otros tres, para tomar la vuelta de las islas de Cabo Verde à donde llegaron el dia veinte y siete, y quedaron anclados en la isla de Buenavista hasta el dia cinco de julio que resolvió tirar al Sudeste por varios motivos que le empeñaron à dar una vuelta tan grande. Su designio era navegar por el Sur hasta meterse debajo de la línea equinoccial, y de allí seguir su viage al occidente, hasta hallar tierra, parte para saber si se engañaba el Rey *D. Juan* de Portugal, que afirmaba que al sur habia tierra firme, y parte por lo que le habian asegurado algunos isleños de la Española, que en tiempo antiguo habian venido al Sur y del Sudeste à su tierra hombres negros, que traian unas especies de lanzas armadas de un bello metal que llamaban *Guanin* del cual le habian regalado, y hecho presente à los Reyes, y puesto al ensaye se habia hallado que de treinta y dos partes, las diez y ocho eran de oro, seis de plata, y ocho de cobre. Supuesta la verdad de esto, no se dudaba que estos hombres hubiesen venido ó de las Canarias ó de la costa occidental de la Africa, arrojados por alguna tempestad à las costas de la isla Española; pero Colón formaba otro juicio, no pudiendo creer que dichos hombres hubiesen podido venir de tan lejos en barcos chicos y chatos, y tan

frágiles como eran los que usaban los africanos, y los canarios: se persuadió que aquellos negros podían haber salido de un país más cercano á las Antillas, y para descubrirle tomó el punto de su navegación desde las islas de Cabo Verde, y caminó como está dicho hasta hallarse cinco grados de latitud del norte. Después de haber caminado ciento y veinte leguas, comenzó el viernes tres de julio á experimentar tan fuerte calma que duró ocho días, acompañada de un calor excesivo que derritiéndose la bréa, los navios hacían mucha agua; á excepcion del primer día que el sol les abrazaba, los siete siguientes llovió y hubo neblinas, se reventaron las basijas del agua y del vino, los aros de las pipas se reventaron también, ardía todo el trigo, y se podrían todos los bastimentos: con eso se vió el Almirante, y todo su equipage amenazado de las mayores desgracias; pero aunque enfermo de la gota, y cansado sumamente, quiso todavía tirar mas al Sud girar al Oúeste, y se mantuvo firme hasta el treinta y uno de julio; pero como le faltaba el agua determinó mudar de derrota caminando al Oúeste, con el fin de tomar algunas de las islas de los Cannibales, que hoy llaman Caribes, para remediar los navios que iban abiertos del calor pasado, y conservar los bastimentos que llevaba á la Española aunque maltratados.

A poco andar, se vió tierra al Sueste hasta distancia de quin-ce leguas, y fueron vistos tres mogotes juntos á un tiempo, motivo porque el Almirante puso a esta tierra, que reconoció ser isla, el nombre de *la Trinidad*, (72) en virtud del pensamiento que tenia de poner este nombre á la primera tierra que descubriese, ó porque le ocurrió llamarla así por los tres mogotes ó montañas que se le presentaron todos á un tiempo, cuando avistó la tierra, y como se llegaba á ella percibió un Cabo que parecia estar al poniente que llamó de la Galera por una peña grande que de lejos se asemejaba á una Galera navegando á la vela, y porque no tenia mas que una pipa de agua para toda la gente de su navio buscaba algun puerto para desembarcar y coger agua, y costeando la tierra fué á pasar otra punta que llamó de la Playa, donde con grande alegría desembarcó, é hicieron aguada en un hermoso rio, la que concluida volvió á navegar entre las dos puntas referidas, y el día dos de agosto llegó á otro Cabo que está al Poniente que llamó *Punta de Arenas* y porque veía su gente cansada, permitió que se desembarcára, y él mismo saltó en tierra: dentro de poco vió venir un indio de buena presencia que parecia ser cacique de aquellas tierras que llevaba sobre su cabeza una diadema de oro. Después que se hubieron saludado mutuamente, el indio que mostraba deseos de haber una gorra de terciopelo carmesí con que se descubría el Almirante, se quitó la diadema y la puso en la cabe-

[72] Véase la descripción de esta isla en el Orinoco, ilustrada por el padre Gumilla tom. 1. §. 1. cap. 1.

za del Almirante, tomándole la gorra con la otra mano, y se la puso así, quedando muy contento.

Habia visto el Almirante desde la víspera una tierra ácia el Sud, que creyó ser isla, y hasta el cabo de unos cuantos dias llegó á reconocer que era el continente. Una cosa sorprendia grandemente á este gefe, y es que hallándose allí diez grados de la línea equinoccial, y en los dias caniculares, se sentía muchísimo frio como en el rigor del invierno, principalmente por la noche y á la madrugada; esto sucede en muchos parages de la Zona-Torrida, sobre todo cuando hay calma por la noche, y proviene de los rocios abundantes que entonces caen; pero á Colón le hacia una gran novedad y no sabia que discurrir sobre ello. Observó al mismo tiempo que las aguas corrian ácia el Oúeste con una rapidéz y violencia considerable en el golfo de la Ballena. En estos dias navegó Colón entre la Trinidad y algunas bocas del Orinoco, sin pensar que la tierra fuése firme, porque aquellas bocas le parecían otros tantos brazos de mar, y por lo tanto admirado de la lozanía de las arboledas de las islas del Orinoco, las llamó *Islas de gracia* (73) y la costa de *Paria* que en forma de semi-círculo, ciñe al golfo, llamado al dia siguiente *Isla santa*, no acabando de creer (aunque lo deseaba mucho) que ella fuese tierra firme. Desembocó la canal con mucho trabajo, y observó que la maréa subia y bajaba sesenta pasos mas que en San Lucar de Barrameda; llegó por fin á la *tierra firme*, que creia siempre ser isla, y á la costa la llamó Paria, que halló muy amena, poblada de indios mas blancos que los de las otras islas. Muchos de ellos traían oro, pero bajo, y las indias llevaban braceletes de *perlas muy grandes*. El Almirante conmutó porcion de ellos de latón que destinó para regalarlos á la Reina Doña Isabél, (74) y estos habitantes le señalaron el parage á donde se sacaba el oro y las perlas. Bien hubiera querido Colón detenerse mas para descubrir todo aquel país que le parecia muy rico y hermoso; pero faltábanle los víveres, y sus navios no podían ya resistir entre las olas fuertes de aquellos mares, y le precisaba llegar en breve á la Española. Se gastaron los diez primeros dias del mes de agosto en reconocer el golfo de la *Ballena*, á donde se descarga el Orinoco, á quien los indios llaman *Yuyapari*. El dia trece surgió en un buen puerto que llamó de los Gatos (mejor hubiera sido ponerle de los Monos, porque los que creyó eran gatos, eran unos monos muy grandes y corpulentos que abundan en aquella tierra.) Pasó de este puerto á otro cercano, que por estar rodeado de cabañas le dió el de puerto de *Cabañas*. En el reconocimiento que hicieron las lanchas de cuatro bocas solas de las muchas que tiene el Orinoco, se maravilló mucho

[73] Herrera decad. 1. lib. 3. cap. 10. Fernand. Colón hist. del Almirante su padre.

[74] Fleuri hist. eccles. lib. 119 ann. 1498. pág. 375. Fernand. Colón hist. del Almirante Colón Marma lib. 9. cap. 24.

el Almirante Colón de que hubiese en el mundo río de tan soberbio caudal que llenase de agua dulce en tan dilatado golfo, é hizo otros discursos que refiere Herrera y otros (75) entre los cuales sacó por firme consecuencia, que tan copioso caudal de agua dulce no podía originarse ni recogerse, sino de muy vastos y dilatados terrenos (76) y de muy remotas provincias; lo que es tan cierto que hasta hoy solo conocemos (en testimonio del *padre Gumilla* en su Orinóco ilustrado) la mitad de las que baña y fécula el grande Orinóco. Ya deseaba salir el Almirante de aquel golfo. Tirando al norte, dobló el Cabo de *Lapa* que forma la punta de la *costa de Paria*, y entre este Cabo y el de Boto, llamado así por ser grueso y romo, y es uno de los Cabos de la isla de la Trinidad al poniente, hay un estrecho de cinco leguas de ancho en que se vió empuñado Colón corriendo uno de los mayores riesgos con sus navios de los que habia experimentado en la mar: no obstante que no soplaban viento y el mar estaba muy espumoso, y embravecido por el ímpetu del gran río Orinóco, que por sus corrientes tan rápidas peleaba con las olas del mar, y mas siendo grandísima la furia y cantidad de agua que trae, especialmente los meses de julio y agosto, que era cuando por allí andaba Colón; quisieron los marineros echar las anclas para poderse mantener los navios, pero las olas las cortaban al instante, y faltó poco para que fuesen á estrellarse los navios en las rocas ó en la arena, de manera que se vieron ya á punto de sumergirse por lo encrespado de las olas y por el impulso vehémente de las corrientes. Bien habia experimentado el Almirante el mismo riesgo cuando entró en el golfo por el canal que llamó de la *Sierpe* que está cerca de la punta del arenal, mas le habia favorecido el viento entonces; pero aquí en esta vez tuvo calma, y sus navios no podian navegar adelante ni atrás, ni detenerse sin eminente riesgo. Así el Almirante que se vió en tanto peligro, dijo, que si salia de él se consideraria que habia salido de la boca de un dragón, y habiendo escapado de este mal paso, puso á este estrecho el nombre de la *boca de Dragón* que hoy conserva.

Al fin perdiendo la maréa su fuerza, venció las corrientes del Orinóco, que le sacaron á mar ancha, y así se salvó de tantos riesgos el Almirante: pensativo sobre tales peligros revolvia en su imaginacion muchos discursos sobre lo que habia experimentado en este golfo y su costa; veia (no sin grande admiracion) entrar en la mar tan grande cantidad de agua dulce, que saliendo de ese golfo, se estendia á mas de diez leguas de distancia. La templanza tan grande por aquella tierra, estando tan cerca de la línea equinoccial: el sumo fresco de las mañanas, que obligaba á buscar abrigo como en el invierno, le hacian mucha fuerza; y como ha-

[75] *Herrera ut supra* pág. 70. 71. *Fernand. Colón ut supra.*

[76] *Este razonamiento es convincente y digno de la sabiduría del Almirante Colón.*

bia observado en aquel parage distante de mas de cien leguas de las islas de los Azóres que noruestaban un cuarto de viento las Agujas, y que cuando mas andaba ácia el poniente el aire era mas suave y templado, encontraba las gentes de las costas mas tratables y mas blancas, y el pais mas hermoso; se hacia juicio que la mar iba subiendo suavemente ácia el cielo: que la tierra no era redonda, y que si navegaba mas adelante, llegaria al fin á una eminencia muy alta donde se acabára el mundo, y sobre la cual estaba el paraíso terrenal. imaginaba aun, que toda la agua del golfo de la *Ballena*, que contiene cincuenta leguas de ella, podia venir desde muy lejos de aquella fuente que nos dice la escritura que regaba el huerto de delicias, de donde debajo de la tierra y de la mar tambien nacian los cuatro rios que menciona el Génesis (77) No hubiera sido tanta la admiracion de Colón, si hubiera podido exáminar de cerca y de espacio, la causa porque las vertientes de otros muchos rios descargaban en tanto grado el peso de sus aguas, hasta que con inmenso caudal rinde al oceano su tributo, endulzando por muchas leguas sus amargas espumas; motivo porque se llamó este golfo en antiguo mapa *Mar dulce*, y con razon, pues este río formidable ocupa ochenta leguas de costa, y sus corrientes que son mayores por los meses de julio y agosto, dominan palpablemente mar adentro entre las islas *del Tabaco*, y *de la Trinidad*, y atropellan con tal furia los embates del mar por mas de cuarenta leguas de golfo, que los violentó á salir por la boca de los Dragos á cuyo orgulloso ímpetu opuso el sábio autor de la naturaleza la isla de la Trinidad de Barlovento; si ya no es que la furia de dichas corrientes rompió aquellas cuatro bocas que por su peligrosa rapidéz se llaman de los *Dragos*, y desprendió á la isla de la tierra firme de Paria. Hasta hoy prosigue esta porfiada batería conque las corrientes de este río despues de consumida la tierra, tiran á consumir los duros peñascos que sirven de antemural á la isla, sin mas ventaja que el blanquearlos con el perpetuo choque de las olas, y de espuma, y aun por eso se llamó despues aquella costa la de los *Blanquiales*.

No perseveró largo tiempo el Almirante en este error, que se puede tener por uno de aquellos delirios en que caen los grandes hombres por sus profundas reflexiones mas bien que los demás, tanto mas escusables en Colón tanto que engolfado en el descubrimiento de un nuevo mundo tan oculto, le hacian todas sus cosas tantas y tan diversas, una prodigiosa novedad que no podia menos que embelezarse. Volviendo á coger el hilo de la navegacion de Colón, luego que se vió fuera de aquel golfo ó boca de *Dragón*, fué en busca del golfo, donde le habian dicho que se pescaban perlas, y habiéndole encontrado á las cincuenta leguas de costa de tierra firme que anduvo, le llamó así *Golfo de las perlas*, lo

[77] *A tales conjeturas se precipita el que discurre sobre principios conocidos ó por rutinas.*

registró todo al rededor, encantado de la hermosura de aquella costa llena de buenos puertos: movido de la curiosidad, saltó á tierra, y vinieron para él unos indios que traian al cuello unas láminas ó planchas que llamaban *caracolis*, y se parecen al *Haussecòl* (\*) de los oficiales de nuestras tropas. Estas planchas eran de una composicion de metales, donde predominaba el oro; despues de estos indios se dejaron ver sus mugeres que llevaban corales y pulseras de perlas, que dieron á los castellanos por nada, en cange de unas frioleras. Se les preguntó donde estaba fijamente el parage donde se daban esas perlas, y señalaron con las manos, dándose á entender como pudieron, que en la cercanía de una isla que estaba al occidente. Volvióse á embarcar el Almirante y tiró al poniente: á las seis leguas descubrió una isla bien poblada que llamó *Margarita* que tiene quince leguas de largo, sobre seis de ancho: entre esta isla y la gran tierra que al fin Colón se persuadió ser *tierra firme*, vió otras dos islas mas pequeñas; la una se llamaba *Cochéu*, que quiere decir tierra de *venados*, y la otra que no dista del continente sino cuatro leguas, se llamaba *Cubagúa* donde se han cogido muchas perlas. Se puso el Almirante á la capa enfrente de esta isla y envió la lancha; luego que la vieron los indios, que estaban pescando perlas, huyeron á tierra: siguiólos la lancha y habiéndolos alcanzado, y visto los castellanos unas mugeres que traian varios hilos de perlas muy buenas, las ofreció pedazos de losa de Valencia, que admitieron con singular alegría en rescate de una cantidad de ellas. Es cierto que si el Almirante hubiera querido aprovecharse de esta ocasion, hubiera podido solo con este tráfico indemnizar á la nacion española de los grandes gastos que tenía erogados para el descubrimiento del nuevo mundo; pero no le pareció conveniente detenerse mas desde luego por motivos muy justos, y con todo sus enemigos le acusaron á la corte de haber tenido secreto éste hallazgo para aprovecharse él solo de estas riquezas, lo que no se hace creible de un hombre tan desinteresado como Colón, que no podia estar tan ciego de la pasion de enriquecer; persuadido de que tenía por testigos las tripulaciones de tres navios, que divulgarian un descubrimiento como éste: lo cierto es que dió parte á los Reyes católicos de todas las circunstancias de su viage, y de la pesca tan rica de perlas que había por las costas de la tierra firme, y mas en las cercanías de *Cubagúa*. Salió el Almirante de este Cabo que llamó de las *Conchas*, el dia quince de agosto, y siguiendo su viage, avistando porcion de islas á quienes puso nombres, y son los que se dicen de Sotavento, llevado de la fuerza de las corrientes, dió fondo entre la *Beata* y la *Española*. El Adelantado habiendo sabido por su hermano de su venida y buenos sucesos, le envió una carabéla que lo trajo á Santo Domingo, en cuyo puerto entró por la primera vez á fines de agosto, y fué recibido en la nueva ciudad que había edificado su

[\*] *Gola* ó insignia de los oficiales de infantería.

hermano con grande honra y aclamaciones extraordinarias de toda la gente.

Pero cuando pensaba el Almirante descansar de sus trabajos, halló que algunos aficionados, ó sea inficionados de las pasiones viejas del padre Bóil, especialmente un criado suyo llamado *Francisco Roldán* que había dejado de justicia mayor de la isla, la tenía turbada con su revolucion, motivo porque él y los suyos no se alegraron de su llegada. Bien informado del estado de los rebeldes, no contento del proceso que su hermano el Adelantado había formado contra ellos, aunque constaba ser verdad lo que producía tocante á la mala intencion y levantamiento de Roldán, le pareció hacer nueva sumaria para dar cuenta á los Reyes católicos de lo que pasaba. Dentro de pocos dias supo el Almirante que habían llegado á la costa de *Xaragúa* los tres navios que había enviado desde Canarias en derechura de la isla Española. Llevados de las corrientes, y de los vientos habían errado por algun tiempo á las costas de Jamaica, y al fin recobrado el rumbo, se dejaron ver por la de *Xaragúa*, cerca de un parage donde Roldán y su tropa vivían á discrecion, sin Dios y sin ley en medio de los indios: temiendo al principio los rebeldes, que en aquellos navios venían tropas para castigarlos, y no poco admirados de verlos por aquellas costas trataron de saber con maña el motivo de su venida, sin dar á conocer el estado de sus cosas. Destacaron unos cuantos de sus principales gefes, que fueron á visitar á bordo de los navios á sus capitanes: preguntaron por el Almirante, fingiendo deseos de verle, y les aseguraron que no les sería fácil desde allí tomar el puerto de Santo Domingo, por tener encontrados los vientos y las corrientes; pues se había visto que para ir de la *Beata* á la capital, que está tan cerca, algunos navios habían gastado casi seis meses de navegacion. Pareció muy juicioso éste consejo á los capitanes, y fué seguido. Desembarcaron los artesanos, que era una gente casi toda sacada de las cárceles, y se fió su conducion por tierra á Juan Antonio Colón. Apenas vió Roldán que estos oficiales ponían pie en tierra, que les comenzó á exâgerar lo largo y penoso del camino, y mucho mas los trabajos que iban á padecer en aquella especie de destierro á donde decían los destinaban: les ponderó la dureza y altivez de los Colones, añadiendo que les era muy facil eximirse de todas esas desdichas siguiéndole, porque desde aquel dia estarían á mano para darse buena vida, y disfrutar de las riquezas que abundaban en la provincia que había escogido. No era menester mucho para ganar semejante gente, y así cuarenta de ellos se pasaron á Roldán, y unos ocho á quienes chocaba esta maldad, se fueron á dar parte de todo á sus capitanes. Con tal noticia se determinó en un consejo de guerra, que Carabaja iría por tierra con una escolta competente, y pondría todos los medios necesarios para retráer á Roldán de su levantamiento. Llegaron por fin los navios á Santo Domingo, conducidos por una carabéla que D. Bartolomé había enviado en busca de ellos, y los

había encontrado, y por tierra llegó igualmente el capitán Alonso Sanchez Carabajál, que certificó la pertinacia de Roldán por mas que se le había persuadido entrarse en su deber. Fue mucha la pena que recibió el Almirante con esta relacion de Carabajál; y como temia que estas alteraciones llegasen á noticias de los Reyes católicos, que les seria de gran sentimiento, y no dejarian de dar margen á sus émulo para calumniarle, y desautorizar las cosas de Indias que le habian costado tantos sudores; determinó usar cuanta templanza pudiese, y tomó muy prudentes medidas para reducirlos á la obediencia con destreza. Observó que la mayor parte de los castellanos de la isla tenian gran deseo de tener licencia para volverse á Castilla y para que no pudiesen pretestar que los tenia por fuerza en la isla, mandó pregonár á doce de setiembre en nombre de los Reyes católicos, que daría licencia á cuantos se quisiesen ir á España, prometiéndoles pasaje y bastimentos, de lo que recibieron muchos grande gusto, y admitieron la oferta que les cumplió con religiosidad el Almirante. Se supo despues que Roldán venia la vuelta de Santo Domingo con parte de su gente, y que se hallaba en *Bonáo*, poblacion grande que se habia formado cerca de las minas de San Cristobal distante diez y seis á diez y siete leguas de la capital. Mandó entónces el Almirante á Ballestér, castellano de la Concepcion, que guardase bien aquella tierra y fortaleza, y que si Roldán viniese por aquella parte, le dijese que le ofrecia de parte del Almirante una amistad general, y en buena forma, y le representase los perjuicios que causaban á la colonia su revolucion, el deservicio de los Reyes, y cuan mal parecia que un oficial de su rango estuviese á la cabeza de unos facciosos y bandidos que habian merecido la horca, llevando una vida tan contraria á su honor y á su religion; desviando á los indios de la paga de tributo con que debian contribuir á la corona de Castilla, y que sin embargo de tantos excesos, olvidaba lo pasado si queria volver á la obediencia; y que si queria seguro ó salvo conducto, pues deseaba verse con él, para que con su consejo se apoyase y aprobase lo que tocaba al servicio de los Reyes, se le enviaria como él lo quisiese bajo de la palabra de honor de virey, y primer gefe.

### CAPITULO 13.

*El Almirante pone todo su esfuerzo en sosegar la rebelion de Roldán: concluye un ajuste con los rebeldes: no tiene efecto. Escribe el Almirante á la córte sobre estas alteraciones.*

Ballestér cumplió su comision con el mismo celo que habia manifestado desde el principio de esta rebelion: fué á *Banáo* donde halló á Roldán con Escobár y otros dos oficiales suyos, lla-

mados *Adriano de Moxica*, y *Pedro de Gamir*, y les habló en los términos mas suaves y capaces de persuadirles á que tomasen el camino de la sumision y de la razon; pero no logró otra cosa sino respuestas llenas de arrogancia y de desprecio para con los Colónes, cuya vida y estado decian, pendia de ellos; le encargaron de una carta para el Almirante concebida en los términos mas insolentes, y verbalmente añadieron que no entrarian por ajuste alguno, sino por la mediacion de Alonso Sanchez de Carabajál. Llegó el alcaide Ballestér con la respuesta de Roldán y de sus compañeros á Santo Domingo, y presentó la carta que estos acordaron escribir, y embarazado el Almirante con el contenido de ella, comenzó por muchos indicios que tenia á sospechar contra la fidelidad de Carabajál; pero como deseaba la paz y no se hallaba en estado de hacer la guerra á aquellos rebeldes, empleó todo su cuidado en pacificar estos disturbios, usando de los medios mas suaves para tapar la boca á sus émulo, y quitarles todo pretesto, como el que alegaban siempre para cubrir sus desórdenes, que usaba en todo de una severidad demasiada. Consintió en valerse de *Carabajál* en esta coyuntura, persuadido que al fin y al cabo, como oficial de honor y noble no haria nada que perjudicase á su honra, y que haciéndole tanta confianza, y tan poco merecida, mejor le atraeria á sus intereses, y que se satisfaria mas bien para desvanecer cualquiera sospecha en contra de su fidelidad. El suceso hizo ver lo acertado de esta eleccion, pues Carabajál se portó muy fiel; se le asoció á Miguel Ballestér para que ambos compusiesen el negocio con los rebeldes, y con ellos escribió una carta al Almirante llena de prudencia, la que apoyada con eficaces representaciones de Carabajál, se movió Roldán á irse á ver con el Almirante; pero los de su partido bien hallados con la vida libre y temerosos del resentimiento de los Colónes, se le opusieron diciendo que se podia tratar de ajuste por cartas, y en nombre de toda la tropa y no de otro modo. Dió á entender Roldán cuanto sentía esta obstinacion de los suyos, y escribió una carta muy comedida al Almirante disculpándose de todo lo acaecido, echando la culpa de todo á su hermano el Adelantado, y declaraba que no habia hecho nada contra el servicio de los Reyes; y que para enterarle de todo, é irle á besar las manos, necesitaba de un salvo conducto. Carabajál se encargó de llevar esta respuesta, y Ballestér se quedó en *Banáo*, quien tambien escribió á Colón, diciendo que segun estaban las cosas, convenia concederlo todo á los rebeldes, especialmente la licencia de retirarse á Castilla como ellos lo pedian; de lo contrario corria gran riesgo de perderlo todo, pues el partido de los amotinados crecia diariamente por la desercion de los que estaban con él, siendo así que los mas se querian pasar á ellos, y ya ocho de sus soldados habian comenzado á dar este mal ejemplo: que no se perudiese tiempo, porque ya tomaba tal cuerpo la revolucion, que en breve se hallarian los amotinados en estado de emprenderlo todo.